

Manuel Azaña

La velada en Benicarló
Diálogo sobre la guerra en España

Edición de Francisco Caudet

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
La red léxico-semántica	11
Los personajes de <i>La velada</i>	22
Un grito tremendo, un rugido: «¡Armas! ¡Armas!»	48
La insurrección de mayo de 1937	62
Pintaba en tonos negros lo que tenía esos tonos	82
¿Falta de ecuanimidad o misoginia encubierta?	105
Una sociedad con la pistola en la nuca	114
España, ganase quien ganase, estaba perdida	137
¿Sálvense los principios y perezca la nación?	150
Nosotros somos la antipatria	175
ESTA EDICIÓN	183
BIBLIOGRAFÍA	185
LA VELADA EN BENICARLÓ. DIÁLOGO SOBRE LA GUERRA EN ESPAÑA	189

Introducción

Hacer historia es saber preguntar al pasado. Y saber preguntar consiste en formular continuamente aquellas encuestas que necesita la soledad del presente, para encontrar compañía y solidaridad en todo lo que le antecedió. Hacer historia es reivindicar la continuidad, humanizar el tiempo, al aceptar las modulaciones que en la monotonía cronológica ha marcado la voluntad humana. Por eso, hacer historia es, además, proyectar el futuro, orientarle en la clarividente recuperación de lo que otros hombres hicieron para traernos el presente desde el que historiamos.

Emilio Lledó, «Introducción general»,
Platón, *Diálogos. I. Antología*, Madrid,
Gredos, 1985, pág. 10.

LA RED LÉXICO-SEMÁNTICA

Las palabras *velada* y *diálogo*, que aparecen en el título y subtítulo de *La velada en¹ Benicarló. Diálogo sobre² la guerra en España*, tienen, por distintas pero confluentes razones, una particular significación para su lectura y análisis crítico. *Velada* es para el *DLE*: «Reunión nocturna de dos o más personas en un lugar para cenar, conversar o divertirse». Es lo que hacen los reunidos por la noche en el albergue de Benicarló³, pero lo hacen con una importante salvedad: no conversan para pasar un rato de manera insustancial. Los que toman parte en aquella velada hablan de temas que tienen una gravedad lúgubre y los temas están, por ello, relacionados sobre todo con *velar* y *velatorio*, palabras que comparten la misma raíz que *velada* y pertenecen

¹ Las diferencias que establece entre «de» España y «en» España las explica en este pasaje de *La velada*: «Decíamos: el hambre en Rusia, no de Rusia, porque no se morían de hambre una matrona emblemática, ni siquiera la nación misma, sino millones de súbditos del zar Nicolás o del zar Stalin» (Lv, pág. 297).

² En la primera edición: *Diálogo sobre*. En otras ediciones, muerto ya Azaña: *Diálogo de*.

³ Durante la dictadura de Primo de Rivera se construyeron varios albergues de carretera, siendo el de Benicarló uno de ellos. En 1928, se fundó el Patronato Nacional de Turismo (PNT) que estaba encargado de crear una estructura para resolver el problema de alojamiento del turismo en las carreteras españolas.

a la misma familia léxica. De los varios significados de *velar* y *velatorio* importan aquí los de «asistir de noche a un enfermo», «pasar la noche al cuidado de un difunto» y «acto de velar a un difunto» (DLE).

Azaña tejió, en *La velada*, con las hilachas sueltas de una barruntada derrota en la guerra —fue muy pronto consciente de que la República sería derrotada—, una red léxico-semántica en la que se establecían conexiones entre palabras que sonaban como campanadas de duelo y eran, a la vez, la expresión de la barbarie criminal en que España se hallaba abismada. *La velada* nace bajo el signo de una de las palabras de esa red, *entierro*, a la que siguen *féretro*, *sepultura*, *cadáver*, *fosa*, *asesinato*, *cementerio*, *desaparecido*, *fusilamiento*, *guerra*, *herido*, *hospital*, *degollina*, *descarga*, *disparo*, *pegar un tiro*, *¡tac, tac!* (tiros, onomatopeya), *matanza*, *morir*, *muerto*, *nicho*, *represalia*, *grito*, *gemido*, *sangría*, *sangre*, *olas de sangre*... La repetición de esas palabras a lo largo de *La velada* tiene el buscado efecto de acentuar la execrable presencia en España, particularmente incluso desde meses antes de julio de 1936, de violencia y terror, de humillación y crimen.

A las palabras *entierro*, *cipreses*, *cementerio* y *féretro*, que aparecen en el primer texto que abre entre paréntesis *La velada* —desde «(El auto del Dr. Lluch devora la distancia...)», hasta «se prolonga durante la cena y la sobremesa)» (Lv, págs. 195-198)—, siguen las palabras *sepultura* y *muerto*, que abren propiamente el diálogo:

PASTRANA.—¿De dónde sale usted?

RIVERA.—De la sepultura.

MORALES.—Es para creerlo. Todos le daban por muerto (Lv, pág. 198).

En Logroño, donde Rivera estaba de visita el 18 de julio de 1936, le cogió la embestida militar que acabó con la vida de sus dos hermanos, uno era capitán de artillería y el

otro ingeniero⁴; a él, que consiguió huir, le juzgaron en rebeldía y le condenaron a muerte. Los tres hermanos habían cometido el crimen de ser republicanos. A todos ellos les confiscaron —dos habían sido asesinados— los bienes. La madre tuvo que vivir a sus ochenta años de limosna⁵. Escondido en un cementerio, pasó veinticuatro días metido en un nicho. Gracias a unos amigos, obreros de Haro también fugitivos, llegó a poder cruzar por Navarra la frontera con Francia. Estaba decidido, desde un primer momento, a volver a España. Tras medio año de espera, logró cruzar la frontera por La Junquera.

El regreso a España le pudo haber costado la vida. Los anarquistas, que tenían en Cataluña el control de las aduanas y carreteras, le detuvieron y estuvo a punto de que le fusilaran. Lluçh recuerda que, en los primeros años del siglo xx, un autor había llegado a la conclusión de que «para remedio de España era menester un metro de sangre». Lluçh añadió. «¿Un metro? Más tendrán» (Lv, pag. 210). Azaña escribió, unos meses después en *Cuaderno de La Pobleta* (1937), este otro acerbo comentario, que era una clara denuncia a la vez del mesianismo anarquista y de la dictadura y la retórica neoimperialista franquista que se le venían encima a España: «Es prudente desconfiar de los salvadores de sociedades y de los creadores de mundos nuevos. A través de la historia, esos oficios han consistido en beberse la sangre de los prójimos»⁶.

⁴ Al médico Lluçh, amigo del diputado Rivera, le habían encarcelado a causa de una turbia historia. Su hermano, que era también médico, intentó liberarle y fue fusilado. Hay un paralelismo entre la historia de Rivera y la de su amigo Lluçh, que a su vez guarda también paralelismo con otras muchas historias de asesinatos de los años de la guerra civil.

⁵ «Junto a Lluçh viaja Miguel Rivera, diputado, joven aún y, hasta seis meses antes, millonario» (Lv, pág. 195).

⁶ Manuel Azaña, *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*, ed. Santos Juliá, Barcelona, Crítica, 2000.

La velada es una suerte de luctuosa salmodia canturreada en torno a un enfermo mortal, la España en guerra, que estaba a punto de convertirse en un difunto. Los contertulios, a los que por ser parte de aquella España les esperaba a todos el mismo desenlace, estaban también entonando, con su coro de voces, su propio responso. España moría, y ellos con ella.

El autor-Azaña, que dirigía en *La velada* aquel coro y era, cuestión sobre la que volveré reiteradamente, su *deus ex machina*, infundía a lo lúgubre unas acentuadas modulaciones morales. Ese acento se halla asimismo en muchos de sus escritos y discursos de aquel tiempo de guerra civil. Hacer la lectura de *La velada* desde otros textos escritos por Azaña en primera persona, o pronunciados por él en sus discursos, que conocemos por haber sido publicados, ayuda mucho a comprender la univocidad —«*unívoco*: que asocia cada elemento de un conjunto con uno y solamente uno de los elementos de otro conjunto» (DLE)— de su pensamiento político, que era, de 1936 a 1939, el de un presidente de la República que había asumido, como correspondía a su cargo, la función de ser una instancia moral. No lo entendió así el general Rojo, ni otras personalidades del republicanismo que tuvieron un destacado protagonismo durante la guerra. Esa incomprensión, que conllevaba el no haber tomado en cuenta el papel constitucional que le tocaba representar al presidente de la República, explica, pero no justifica, la dureza de este pasaje que el general Rojo le dedicó a Azaña en *¡Alerta los pueblos!*:

La influencia del presidente de la República durante la guerra, en el interior y en el exterior, se manifestó por su apagamiento; ni como poder logró imponerse, ni como rector inteligente de la vida del Estado notó nadie que imprimiese jamás cauce a los acontecimientos; en todo el tiempo, desde el 18 de julio, su actuación quedó circunscrita a pronunciar dos, tres... discursos. Pero la eficacia de las actuaciones humanas no se mide por las palabras, más